

www.elboomeran.com

Miguel Dalmau

La noche del Diablo



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Marco Spinazzola, a partir de una foto © Archivo Ferrari Billoch

Primera edición: mayo 2009

© Miguel Dalmau, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7193-7

Depósito Legal: B. 14716-2009

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, Múrcia, 36

08830 Sant Boi de Llobregat

*A mi padre,
que me enseñó el valor de la espada
y el peso de la cruz.*

No nos dejes solos, Señor, porque anochece.

Lucas, 29

Sanatorio de Caubet. 1946

En el principio fue el Verbo. Luego la palabra se hizo carne. Et verbum caro factum est. Me llamo Julián Alcover y nací en la isla de Mallorca. Durante todos estos años he guardado silencio hasta que la enfermedad me ha dejado solo en mi escritorio ante un muro de recuerdos. Para ser fiel a los hechos debería confesarlo todo; pero el médico me ha aconsejado que administre mis fuerzas con prudencia. ¿Qué he de contar? La vida es un misterio en manos de Dios y sólo Dios conoce la respuesta a los enigmas humanos. Desde que llegué al sanatorio me pregunto a menudo qué he hecho de mi vida. Entonces mi memoria viaja a los años anteriores a la guerra, y vuelvo a verme en un convento a las afueras de Palma, en una colina poblada de pinos y alejada del mar. Aquello ocurrió en 1936. Han pasado diez años. Un soplo. Luego regreso a esta celda blanca, impoluta, y miro más allá de la ventana que da al jardín. Mientras observo a las monjas paseando entre las flores, comprendo que la paz ha retornado a la isla. Deo gratias. Sin embargo, ya no reconozco el paisaje de mi tierra porque tampoco reconozco el paisaje de mi alma.

Todo es demasiado confuso. Si el Señor necesitó seis días para ordenar el caos, yo no puedo contar mi historia plenamente, sabiendo como sé que voy a morir. Tampoco tengo la certeza de acertar con mi testimonio. Si dispusiera de tiempo, me habría gustado escribir sobre mi infancia, por ejemplo, porque la infancia está libre de pecado y se despliega como un territorio único, abierto y cerrado en sí mismo. Pero aquella felicidad no vuelve, como tampoco vuelve la pureza perdida ni la voz de los muertos. Bastará señalar que a los catorce años ingresé en el Seminario Conciliar de Palma con el fin de seguir la carrera eclesiástica. Tras ordenarme sacerdote me recliné en el convento de los padres teatinos, y durante un decenio me dediqué a la oración y al estudio de las lenguas. En aquel entonces yo creía honestamente estar cumpliendo la ley de Dios. Ni en mis peores pesadillas pude imaginar que acabaría siendo un personaje siniestro que vendió su alma en la hora decisiva. La guerra. ¡Qué injusto fue todo! ¡Qué amargo! Pero ya no tiene remedio. Sólo ruego que la Virgen de Lluch me conceda fuerzas para sostener la pluma. Y luego poder morir en paz.

Recuerdo que en los primeros tiempos yo evitaba el trato prolongado con mis otros hermanos. Aunque respondía con diligencia a sus atenciones, mostraba gran inclinación a la soledad. La única excepción era el prior, un hombre justo y bueno cuya compañía calmaba mis anhelos. Aquel hombre había comprendido que yo era una persona de frágil temperamento. Es cierto que tenía algunas inquietudes, expresadas en mi hambre de saber y mi deseo de viajar a Roma; pero en el fondo no me distinguía mucho de los miles de sacerdotes del mundo. Si el Señor hubiera podido reunirnos en la plaza de San Pedro, habría descubierto a una legión de individuos que vestían, pensaban y

se comportaban exactamente como yo. Lo digo como argumento objetivo, sin la menor complacencia, y sabedor de que ésa era mi vocación y mi destino. En cuanto al carácter, mi memoria me devuelve a una persona silenciosa y retraída, sin excesiva vivacidad. No era, pues, un sacerdote popular, de esos que impulsados por un prurito vanidoso emplean el hábito para ganarse el cariño de las gentes. Al contrario. El trato con el rebaño me producía ciertas aversiones, y sólo cuando los golpes de la vida se abatían sobre algún pecador me embargaba un sentimiento cristiano.

Poco antes de aquel verano fatídico, adquirí el mal hábito de mirarme al espejo. No creo que incurriera en un pecado contra el pudor: simplemente trataba de entender quién era aquel extraño reflejado en el azogue. ¿Era yo? ¿O alguien que estaba usurpando mi verdadero ser? Nunca lo supe y me temo que ya no lo sabré. Sólo recuerdo que mi rostro era el de un hombre sin importancia: un individuo. Veía mi pelo negro, ralo, y unos ojos pequeños de color indefinido que las gafas agrandaban hasta un tamaño apreciable. La cara era blanca, lechosa, conventual. Luego una sotabarba algo flácida, la nariz plebeya, y los dientes ligeramente adelantados como los de un conejo. Ése era yo, Julián Alcover. El prior solía decirme que un cuerpo hermoso no hace un buen cristiano. Tenía razón. Pero un cuerpo ingrato tampoco. A veces me gustaría que las monjas del sanatorio conocieran mi secreto. Pero me temo que ya padecieron lo suyo durante la guerra, y aquí nadie quiere recordar.

¿Cuál es mi propósito? ¿Ser fiel al drama? ¿O escribir para recobrar el sosiego? Sólo sé que el Mal no surge de manera inocente. Del mismo modo que la enfermedad que corroe mis pulmones ha necesitado un largo período de incubación, así las tragedias humanas se nutren del tiempo

aunque los hombres andemos dispersos en asuntos mundanos. ¿Y hay algo más frívolo que la política? En mi estado actual, no quisiera pecar de soberbio, pero es inútil confesar mis pecados sin referirme al gran error de mi época: el furor de las ideologías. En este punto debería hablar un poco de mi pueblo y empezar diciendo que los mallorquines no éramos políticos. Desde antiguo nos habíamos distinguido por una gran indiferencia, como si la política fuera en realidad un quehacer arbitrario impuesto por el gobierno. Como en otras islas, el continente quedaba demasiado lejos, en otro mundo, y cultivábamos nuestra propia filosofía basada en un código impreso a lo largo de los siglos y de las generaciones.

Éramos indiferentes, insisto, pero también comprensivos y adaptables. La mejor prueba de ello tuvo lugar en 1931, tras la súbita caída de Alfonso XIII. Aunque nuestro pueblo era tradicionalmente monárquico, los mallorquines supimos plegarnos al nuevo sistema —¡la República!— sin padecer un cataclismo. Pasado el primer temor, se impusieron la cordura y la sensatez. Pero en el fondo de nuestros corazones Mallorca no quería ser republicana; por mucho que los vientos diabólicos soplaran desde Moscú, la semilla marxista no acabó de arraigar en nuestro suelo. Nada alteró el predominio tradicional de las derechas. Estábamos unidos. Lo repito. No nos interesaba la política.

Pero en el continente las cosas eran muy distintas. Tras la huida del rey, el pueblo se lanzó a quemar algunas iglesias y conventos de las grandes ciudades. Era un pésimo augurio, que daba la razón a los que veíamos la República como gran portadora del desastre. Desde el primer día el gobierno republicano puso cerco a la Iglesia y nos alejó de los asuntos de Estado. Fuimos perseguidos, humillados, víctimas del expolio... Y, en la cumbre de la ofensa, algunos

bárbaros comenzaron a gritar: «¡El clero, al matadero!» Durante dos años asistimos con estupor a los desmanes de aquella nefasta utopía jacobina, hasta que los hijos de la luz recobraron el poder. Pero aunque el triunfo de las derechas, en 1934, nos devolvió la esperanza, los marxistas no supieron aceptar la derrota y activaron de nuevo la maquinaria del caos. Hubo huelgas salvajes, agitaciones campesinas, disturbios en las calles. Luego llegaron los crímenes. Y viendo el Maligno que su obra quedaba incompleta, se desató una revolución en Asturias que tuvo que ser sofocada in extremis por el Ejército.

En febrero de 1936 se produjo una nueva consulta electoral que se saldó con la victoria inesperada de nuestros enemigos. Aquel triunfo agorero nos llenó de consternación. Desde el principio el Frente Popular se mostró como una criatura malaventurada y abyecta. Esa criatura bolchevique trató de instaurar la revolución en el más cristiano de los suelos. El nuestro. En pocos días comenzaron a repetirse los atropellos de 1931, amparados ahora por la situación internacional. A lo largo de aquella primavera España se asomó al Averno, y en nuestras avenidas los obreros desfilaban bajo retratos colosales de los ídolos rojos. Entretanto, las autoridades republicanas se lavaban las manos. No hacían nada, o peor aún, azuzaban el fuego. En pocas semanas, los marxistas transformaron el Parlamento en un lugar donde se investían de legalidad todas las felonías y todas las torpezas. Por su culpa, la plebe acabó adueñándose de las calles.

¡Pobre Julián! Siempre perdido entre libros. Tengo la impresión de estar ocultándome. ¿Acaso pretendo dar lecciones de Historia? ¿O allanar el camino a mis propias vivencias? Y, de ser así, ¿cuáles debo escoger? En esta celda silenciosa todo regresa de forma inexorable; pero he de ser

fiel a los hechos y escribir sobre aquello que nos condenó. Sé que el Ángel me guiará.

Aunque los nubarrones cubrieron la península, Mallorca se mantuvo a salvo. Recuerdo que en aquel tiempo muchos viajeros la llamaban «La isla de la calma». Era cierto. Incluso en aquel período turbulento, mi tierra seguía siendo un mundo ordenado que proclamaba la grandeza de Dios: los montes se alzaban majestuosos, las olas azules batían los acantilados, y el trigo crecía y maduraba para la cosecha. Los turistas que nos visitaron esa primavera hallaron un tesoro, el mismo tesoro que brilla en mi memoria con el bendito fulgor de la armonía. Para ellos, era el Paraíso. Y ahora comprendo que en parte comienza a serlo para mí. Es como si en este otoño de postración, en el sanatorio, yo quisiera escapar a un tiempo de estampas idílicas. Entonces pienso en mi isla. La Mallorca anterior a la guerra.

Sin embargo, no puedo olvidarme de mi modesta persona. Recluido en su celda, Julián Alcover vivía rodeado de breviarios, libros y papeles... Aún conservo *La vida devota*, de San Francisco de Sales, *Pláticas Dominicales*, de Antonio María Claret, *Sermones de Fleichier*, del obispo de Nimes, *Los orígenes del cristianismo*, de Le Camus, *Año Cristiano* de Croisset, el *Breviarium Romanum*, y *Urbanidad y buenas maneras del sacerdote*, de Branchereau, el superior del seminario de Orleans. Gracias a esas obras –y a otras de los grandes pensadores de la Iglesia– aprendí a respetar ese lenguaje que es fundamento de la vida social y por el cual todas las almas entran en comunidad de sentimientos e ideas para hacerse sensibles. También leía asiduamente revistas religiosas como *El Perpetuo Socorro*, *El Mensajero del Corazón de Jesús* o *El Heraldo de Cristo*. En realidad, sólo las charlas diarias con el prior me alejaban de una existencia monótona y ensimismada en la lectura.

¿Cómo explicarlo? Yo me alimentaba de los otros. Pero tampoco era tan ciego como para ignorar que la situación política se estaba volviendo desesperada. A finales de mayo los socialistas del gobierno se convirtieron en títeres de los comunistas, y se rumoreaba que éstos urdían un golpe de Estado para usurpar el poder. Esto ocurría en la península, ya lo he dicho, no en Mallorca. Pero los mallorquines percibíamos que algo fatídico comenzaba a extenderse como una epidemia. Desde las costas del norte veíamos aquel ejército de nubes negras avanzando hacia nosotros. En tales circunstancias, todo lo que pasaba en el continente se adueñaba de nuestra imaginación generando recelo, y cuando el recelo se instaló en los corazones fue como si el drama estuviera aconteciendo en la isla. ¡Qué extraño se me hace revivir el temor! ¿Realmente lo sentíamos todos? ¿O sólo es el eco de mi alma pusilánime? No lo sé. Sólo recuerdo que un infierno de iglesias vacías comenzó a poblar mis sueños. Luego tuve aquella pesadilla.

Era una mañana de junio. Yo paseaba por una ciudad desconocida, vestido de paisano. Al doblar la esquina, descubrí una plaza de gran belleza donde se alzaba la iglesia más hermosa que había visto jamás. Entonces sucedió algo terrible. De pronto, rápidas figuras negras se movieron alrededor del templo y las llamas brotaron de la fachada. Enseguida el fuego alcanzó grandes proporciones. Quise correr pero no pude. Cuando finalmente se presentaron los guardias, la turba la emprendió contra ellos, arrojándoles piedras y profiriendo insultos. Otro tanto ocurrió con los bomberos, que, ante la insolencia del populacho, renunciaron a intervenir y se retiraron a su caserna. Para entonces, los más exaltados habían irrumpido en la iglesia armados con latas de combustible, y prendieron fuego a los bancos, altares y confesionarios. Desde la calle se veían las llamas

rojizas asomando por las ventanas, mientras la gente aplaudía y vociferaba. Los malhechores aún circulaban por el edificio, y se dedicaron a arrojar objetos desde el balcón: libros, sillas, colchones, ropas, cuadros... Cuando la plebe vio caer aquel tesoro, se abalanzó sobre él. Los más insolentes se ataviaron con estolas y casullas, y se lanzaron a bailar en mitad de la calle consumando el sacrilegio. Me desperté horrorizado al ver que un miliciano vestía con el hábito de monja a una de sus mujerzuelas.

Mientras el resto del país vivía a diario esas calamidades, en Mallorca el drama se produjo en sordina. No hubo crímenes ni iglesias destruidas. Deo gratias. Sin embargo, rezábamos para que ese odio secreto que acecha en las comunidades pequeñas no estallara a pleno sol. Ignoro el momento en que nuestro aire también se volvió envenenado. Pero es obvio que tras el ataque a la Casa del Pueblo algo cambió definitivamente. La Casa del Pueblo de Palma era un centro recreativo donde los obreros celebraban asambleas y actos culturales. Para los marxistas era algo así como una catedral obrera, Dios me perdone. Para los católicos, en cambio, simbolizaba el triunfo republicano y el templo donde se divulgaban sus ideas disolventes. Al parecer, contaba con una biblioteca, un teatro y varias aulas donde se impartían clases de cálculo, ortografía y contabilidad. Ahora bien, los rojos no podían engañarnos: ningún buen cristiano habría entrado en la Casa del Pueblo. Y menos, Julián Alcover.

Pues bien, en junio de aquel año se produjo una explosión en el edificio. Hubo varios obreros heridos y cuantiosos desperfectos. Desde el principio nuestros enemigos acusaron a miembros de la Falange, responsabilizándoles de haber colocado la bomba. Pero no pudieron probarlo porque en aquel tiempo los principales falangistas se halla-

ban presos en el fuerte de San Carlos. A raíz del suceso, algunos exaltados se dirigieron a la parroquia de San Jaime con el propósito de destruirla. Hubo un gran tumulto, algún destrozo, y sólo la intervención divina evitó la catástrofe. A las pocas horas, sin embargo, los dirigentes sindicales emitieron un comunicado urgente declarando un paro general de una jornada. Dicha huelga fue seguida por los operarios de las fábricas y por los empleados del tranvía y del ferrocarril. Asimismo, los piquetes obligaron a cerrar los cafés y los pequeños comercios, y se limitó la actividad en el Mercado Municipal. Aquel día no salimos a la calle, pero cuentan que Palma era una ciudad perdida, alejada de Dios.

En este escenario, el asesinato de Calvo Sotelo en Madrid fue una tragedia. El eco de aquel crimen sacudió todas las conciencias, atravesó el mar, y se dejó sentir en nuestra pacífica sociedad provinciana. La Bestia había hablado. Y lo había hecho a sabiendas de que la España eterna había puesto en aquel español ilustre sus ojos llenos de esperanza. Todos pudimos ver su cadáver tirado como un fardo, ensangrentado, sobre la loza sucia de una necrópolis. Por culpa de los marxistas, el país entero se cubrió de luto y fuimos la vergüenza de la Tierra.

Cuatro días después se celebró un solemne funeral por su alma en la iglesia de San Francisco. En previsión de posibles altercados, el alcalde republicano envió un destacamento de policía para mantener el orden, y los agentes se situaron a la puerta del templo. Temiendo un registro, algunos jóvenes de la CEDA se vieron obligados a acudir al funeral sin armas. Pese a ello, las novias y hermanas de esos fieles consiguieron entrar en la iglesia con las pistolas ocultas bajo la ropa. En aquel momento, este detalle aberrante debería habernos puesto en alerta. Pero no fue así. Sólo

pensábamos una cosa. Cuando unos buenos cristianos han de tomar las armas para acudir a misa y, lo que es peor, tienen que ocultarlas bajo las faldas de sus mujeres, el orden ha muerto.

Y llegó la tarde del 18 de julio en que toda España era un hervidero. El Ejército de África se había alzado contra la República. Rápidamente la sublevación se extendió por todo el país. Como la marea. Tiempo después algunos militares me informaron de su profundo disgusto y me hicieron saber que llevaban varios meses preparando el *Putsch*. Supe también que los falangistas conocían perfectamente los planes del Alzamiento, y que el jefe de Falange había dado instrucciones a los jefes locales de los pueblos para que aguardaran la señal convenida. Pero en nuestro convento no llegaban esa clase de rumores que circulaban ya desde la primavera. ¿Qué iba a suceder? Ahora las emisoras del gobierno republicano nos abrumaban con noticias alarmantes y no perdían ocasión de alternar el halago con la injuria, la bravata con la promesa de perdón. Desde el primer momento los marxistas vertieron sus amenazas sobre nosotros. Si apoyábamos el golpe seríamos considerados traidores. ¿Traidores a qué? ¿A Dios, a nuestros principios? La Iglesia había sufrido mucho. Demasiado.

En la madrugada del 19 de julio, un grupo de republicanos mallorquines acudieron al gobernador civil para exigirle armas e impedir que las gentes de bien se echaran a la calle. Por fortuna, el señor Espina se negó a atender sus peticiones alegando que disponía de fuerzas suficientes para garantizar el orden. Asimismo prohibió que los militantes de organizaciones obreras como la CNT y la UGT llevaran armas. Pretendía así evitar esos alborotos que excitan a la plebe y que tanto daño nos habían causado en los años de la República. Gracias a esa iniciativa, no hubo que la-

mentar grandes derramamientos de sangre. En pocas horas los nuestros ocuparon los centros oficiales y se inició el asalto a los locales donde tenían su residencia las agrupaciones políticas de izquierda. Recuerdo que aquel día bajé a Palma lleno de inquietud. En las afueras no había ni un alma, pero en las calles del centro los coches circulaban llenos de gente acomodada que deseaba abandonar cuanto antes la ciudad. Como era el primer fin de semana de verano, mis paisanos creyeron que todo se arreglaría con una crisis ministerial. Y marcharon de vacaciones.

Desde el convento, el prior se mantenía al corriente de los hechos. Sentado junto a la radio, escuchaba atentamente las noticias: ahora Radio Mallorca emitía un Bando de Guerra, decretado por el gobernador militar, con instrucciones muy precisas a toda la población. Aunque no llegué a tiempo de escuchar las primeras palabras, recuerdo con nitidez el tercer punto donde el general Goded se proclamaba resuelto a mantener el orden y la autoridad: «Serán pasados por las armas todos aquellos que intenten en cualquier forma de obra o de palabra oponer la más mínima resistencia al Movimiento Salvador de España. Igualmente se castigará el más ligero intento de producir huelgas o sabotajes de cualquier clase y la tenencia de armas, que deben ser entregadas inmediatamente a los cuarteles.» Tras la lectura, el prior me miró en silencio. Y luego se santiguó. Algo muy grave había ocurrido fuera de la isla, y algo muy grave comenzaba a ocurrir en ella. Jamás habíamos vivido una situación pareja. Nuestro único consuelo era la esperanza de un Movimiento Salvador, aunque llegara de África, porque «salvador» es la palabra más bella para el cristiano que está cansado de sufrir.

Mientras las principales ciudades españolas siguieron en poder de los marxistas, Mallorca recobró la Luz. Pero

aunque el Bien había vencido, la isla quedó rodeada de enemigos. Imaginemos por un instante una Mallorca aislada en el más puro sentido de la palabra, una tierra cercada por un mar hostil que empieza a padecer la amenaza del Ejército Republicano. El litoral mediterráneo era rojo: Barcelona, Valencia, Alicante... A pocas millas de la costa navegaban buques de guerra cuyos cañones apuntaban hacia nosotros. Todo anunciaba odio, fuego, devastación. Cuando mirábamos a tierra, nos sentíamos a salvo; pero si mirábamos al mar el corazón se encogía escrutando el horizonte. Interiormente el ánimo era muy bajo, sobre todo cuando los extranjeros se apresuraron a marcharse ante la inminencia del desastre. Cierta capellán inglés me comentó que Inglaterra había enviado un barco a la isla para rescatar a sus súbditos. Una mañana el *destroyer Devonshire* apareció majestuosamente en la bahía, con su enseña blanca ondeando sobre el esmeralda del mar. En días sucesivos otros navíos extranjeros –franceses y alemanes– fondearon en Palma para recoger a sus compatriotas. La isla se había convertido en un barco. Un barco a la deriva, repleto de personas inquietas, presurosas, atemorizadas. Estábamos cercados. Y, lo que es peor, nos habíamos quedado solos.

A finales de julio los marxistas iniciaron sus incursiones aéreas. Desde mi ventana pude observar el vuelo del primer avión: a distancia todo parecía tranquilo hasta que el rumor del motor se extendió amenazador sobre los tejados de la ciudad. Oí el ladrido de los perros, luego el tañido de las campanas. De pronto sonó un disparo y los gorriones del claustro alzaron precipitadamente el vuelo. Es curioso que la guerra comenzara para mí con ese disparo que ahuyentó a los gorriones. Aquello fue la primera señal. Hasta ese momento todos éramos pájaros, criaturas sencillas que vivían en un jardín preservado por el mar. Pero

aquel disparo nos expulsó del Edén con un sonido terrible: el del hombre contra su propio hermano. Caín y Abel. Mientras el avión pirata seguía profanando nuestro cielo, se sucedieron nuevos disparos. Recuerdo que varios frailes subimos a la azotea, alarmados por el tiroteo. Todo era muy confuso. En realidad ninguno de nosotros se había hecho aún al estado de guerra: la mayoría no pensábamos que Palma ya estaba custodiada por nuestras tropas, y nos costó entender que eran ellas quienes abrían fuego sobre el avión rojo. No el enemigo. El tiroteo se hizo más intenso y la ciudad entera empezó a emitir un eco sincopado y violento, hasta que el avión interrumpió sus evoluciones y desapareció en dirección al mar.

Poco después llegó la hora del Ángelus y nos reunimos en la capilla. Recuerdo otro detalle descorazonador: en pocos minutos nuestras voces habían cambiado. Ya no había en ellas ni esperanza ni sosiego, porque el incidente había extirpado en nosotros cualquier sentimiento de alegría. Entonces comprendí que los dramas más profundos de la vida se manifiestan a menudo en las cosas más insignificantes: un ruido, el golpe de una puerta, el batir de las alas de un pájaro. Al acabar el rezo, regresamos a nuestros quehaceres con el corazón en vilo.

A raíz del primer ataque, y del caótico tiroteo que se desató en las calles, los nuestros comenzaron a emplazar estratégicamente sus defensas. Al asomar el peligro, respondían con ametralladoras y morteros antiaéreos situados en algunas azoteas de las avenidas. Ahora me pregunto si existirá aún el edificio de la Sociedad Anónima Cross, o si sólo yo conservo el recuerdo de sus ametralladoras escupiendo fuego. No creo que las monjas lo sepan ni tampoco que les interese demasiado. Pero en mi relato es necesario destacar el hecho de que al fin podíamos defendernos.

Sin embargo un nuevo temor no tardó en adueñarse de nuestros corazones. Desde el principio, los bombardeos produjeron una confusión tremenda en la población civil. Aunque algunos trataran de minimizar sus efectos, yo percibía una sensación de angustia entre mis paisanos. Las gentes corrían, los edificios del centro se desplomaban, había muertos. Recuerdo con dolor que muchos mallorquines empezaron a abandonar la ciudad –unos treinta mil en doce horas–. Y recuerdo también que otros se pusieron sibilinamente de parte del enemigo. Desde la azotea del convento, pudimos ver cómo algunos vecinos despleaban sábanas en los terrados de sus casas para rendirse ante los aviones piratas.

Aquella misma noche, Radio Mallorca emitió un comunicado facilitado por el comandante militar en el que se dirigía a los palmesanos para advertirles de sus errores. Díaz de Freijó recomendó calma a la población, insistiendo en que los aviones rojos volaban muy alto y, según él, podíamos seguir dedicándonos a nuestras ocupaciones. Cualquier intento de abandonar la ciudad era, pues, un acto de cobardía que fomentaba la desmoralización del vecindario. Freijó nos amenazaba con sanciones económicas e incluso con la cárcel. Asimismo, el acto de extender sábanas blancas era un gesto de sumisión, y los sumisos iban a ser tratados como traidores. Tras la lectura del parte, el prior apagó el aparato de radio. Durante unos segundos nos miramos en silencio, mientras elaborábamos un razonamiento común. Había pasado una semana justa desde el glorioso Alzamiento Nacional. Una sola semana. Pero cada bomba enemiga era un clavo en el cofre del miedo. Y en apenas siete días, lo que Dios tardó en crear el mundo, habíamos envejecido cien años.

Dos días más tarde, me desplazé al centro para visitar

al párroco de Santa Eulalia. Aquel día celebrábamos la festividad de Santa Catalina Thomás, figura venerada por el noble pueblo mallorquín. Desde primeras horas el fervor invadía las calles y las plazas. Poco antes de las doce, sin embargo, sonaron las fatídicas campanas del Ayuntamiento. La paz se esfumó. Desde las ventanas de la rectoría vimos dos motas negras acercándose en el cielo, luego un silbido y, por último, el estruendo ensordecedor de las explosiones. Tras apartarme de la ventana, el eco de las sirenas lo invadió todo. Una de las bombas había caído muy cerca. Recuerdo las voces, el miedo, el calor. Un calor terrible.

Me despedí del párroco y me adentré con el corazón encogido en el centro de la ciudad. Mientras bajaba las escaleras de la calle de Quint pude ver el suelo sembrado de cristales y comprobé que varias tiendas habían sufrido graves desperfectos. De nuevo volví a oler a polvo, a sudor, a miedo. La atmósfera era muy densa. Instintivamente traté de desviar mi camino, pero al entrar en la Cuesta de Brosa me topé con un grupo de soldados —y dos falangistas— que habían cortado la calle. Varios metros más allá, el cadáver de una mujer yacía en el suelo y los falangistas impedían el paso. De pronto, uno de ellos me ordenó que asistiera a la mujer. Me quedé quieto, sin palabras, y entonces lo comprendí. Desde niño yo estaba familiarizado con la muerte; pero era una muerte hija de la paz, y por tanto deseada y bendecida por Dios. Pero aquella muerte era hija de la guerra, y en consecuencia no estaba bendecida por Dios sino por el Diablo. Durante unos segundos me quedé paralizado, observando a distancia aquel cuerpo que expresaba todo el sinsentido del universo. En apenas un segundo una vida había sido segada a plena luz, en Palma, el día de Santa Catalina. Era monstruoso. El falangista insis-

tió con crudeza. Bajé los ojos. Y luego me abrí paso entre una cortina de mosquetones.

Nunca he sido un hombre valiente. Con esfuerzo logré acercarme al cadáver, pero comprendí que debía arrodillarme en señal de respeto. En ese instante el corazón me dio un vuelco. Palma era un pueblo, quizá la conocía: a buen seguro era una buena cristiana, una víctima piadosa e inocente. Pero, en mi empeño por evitar su rostro, mis ojos se refugiaron en la parte inferior de su cuerpo. En realidad era la primera vez en mi vida que podía observar detenidamente a una mujer. Sí. La primera vez en casi treinta años que la carne prohibida se me revelaba, siquiera en parte, y a causa de ello me invadió un profundo sentimiento de turbación. Veía sus piernas, cubiertas por unas medias amarillas: la piel blanquecina, las pantorrillas blandas, los tobillos gruesos... Todo era nuevo y pecaminoso. Una muerta. ¡Dios mío! Recuerdo que empecé mis oraciones, sin quitar la vista de un pie, el izquierdo, cuyo zapato había desaparecido entre los escombros... «Alma cristiana: parte hacia una región más alta...», dije en un murmullo. De repente la voz del falangista me sobresaltó y me levanté tras hacer la señal de la cruz. La muerta quedó allí, tendida en la calle, mientras los soldados me obligaban a abandonar el lugar. Luego me alejé rápidamente hacia la plaza del Mercado.

Esa misma noche la radio transmitió una nueva nota de la Comandancia Militar. El coronel Díaz de Freijó afirmaba que las bajas causadas eran debidas mayormente a la imprudencia de los palmesanos. Habló de excesiva confianza. Y recordó a la población que, a la vista de los aviones enemigos, nos guareciéramos en nuestras casas sin perder la calma y la serenidad. Entretanto el enemigo seguía propalando falacias. Recuerdo que esa misma noche Radio

Barcelona divulgó una patraña abominable. El obispo Miralles –nuestro querido prelado– había huido de la isla en un yate francés, llevándose el tesoro de la Catedral. Aquello era falso, evidentemente, pero dejó al rebaño sumido en el desasosiego. A esas alturas ya nadie dudaba de que el Diablo había decidido emplear sus peores instrumentos. A los ataques con bombas, se sumaba eso que luego dieron en llamar «guerra psicológica». Ya no les bastaba con castigar a la población, sino que empezaron a arrojar periódicos republicanos, llenos de improperios contra las gentes de orden.

A estas agresiones no tardaron en sumarse otras, fruto de la cobardía y de la desvergüenza. Además de los periódicos, se dedicaron a lanzar láminas pornográficas sobre la ciudad. Este extremo me fue notificado por Tomeu, el jardinero, un muchacho inocente y de escasas luces, que esa misma mañana regresó al convento muy excitado con el hallazgo. Según dijo, en las calles de Palma se encontraban papeles con dibujos obscenos. Cuando trató de mostrarme uno que había recogido cerca de la plaza Mayor, lo rechacé de plano rogándole que lo destruyera inmediatamente. Más tarde tuve noticia de que algunas láminas habían caído en el convento de Santa Magdalena. La idea de ver a aquellas monjitas mancilladas, descubriendo en el claustro las peores aberraciones, me puso al borde del llanto. Los rojos no se contentaban, pues, con violar los principios de humanidad sino que faltaban también a las más elementales reglas de la decencia. Por ampliar mi testimonio diré que aquel día uno de los hidros enemigos fue derribado por nuestras baterías de defensa. El párroco de la barriada de El Terreno me contó que oyó los disparos y, al asomarse a la ventana, vio cabecear el aeroplano sobre los acantilados antes de caer en el mar. Dichoso, irrumpió en la iglesia para hacer sonar las campanas.